

INFORMACION ACADEMICA

**SESION SOLEMNE DE RECEPCION
A LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO
Y DE ENTREGA DE DIPLOMAS
A LOS ACADEMICOS TITULARES**

El día 21 de junio de 1972 se llevó a cabo esta sesión solemne, que tuvo como invitados de honor a los señores doctores Jorge Jiménez Cantú, secretario de Salud y Asistencia; Luis Castelazo Ayala, subdirector general médico del Instituto Mexicano del Seguro Social; Andrés G. de Witt, subdirector general médico del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado; José Laguna, director de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional Autónoma de México; Pascual Hernández Padilla, presidente de la Academia Mexicana de Cirugía. Estuvieron presentes también los académicos honorarios doctores Ignacio Chávez, Maximiliano Ruiz Castañeda, Aquilino Villanueva y Salvador Zubirán, y los presidentes de departamento, doctores Rafael Méndez, Manuel

Pesqueira y Antonio Prado Vértiz.

Fueron recibidos en esta ocasión como académicos numerarios los señores doctores: Jorge Albores Saavedra, Rubén Argüero, César Chavarría Bonequi, Ernesto Díaz del Castillo, Amador González Angulo, Juan Luis González Cerna, Carlos Pérez Treviño, Juan Rodríguez Argüelles, Aline Shuneman de Aluja, Mario Silva Sosa, Sotero Valdez Ochoa, así como el señor ingeniero Humberto Romero Alvarez.

Fueron promovidos a académicos titulares los académicos numerarios doctores Luis Castelazo Ayala, Isaac Costero, Julio Chávez Montes, Mario Fuentes y José Laguna. El discurso de bienvenida fue pronunciado por el señor doctor Ramón de la Fuente, presidente de la Academia Nacional de Medicina, y las palabras en

representación de los nuevos académicos estuvieron a cargo del señor doctor Juan

Rodríguez Argüelles. Ambos discursos se reproducen a continuación.

**PALABRAS DE BIENVENIDA
A LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO,
PRONUNCIADAS POR EL DOCTOR RAMON DE LA FUENTE,
PRESIDENTE DE LA ACADEMIA**

Estamos reunidos para dar la bienvenida a quienes un comité de admisión, en verdad exigente, encontró merecedores de participar en los valores y en los objetivos de nuestra corporación.

Señores académicos de nuevo ingreso: Esta noche habrán de recibir un alto honor, más no por una gracia especial, sino porque ya han demostrado su excelencia en las disciplinas que cultivan.

La excelencia en la medicina, nada tiene de fortuito; es cuestión de carácter, de disciplina personal y abnegación, de probidad y tenacidad. Por ello, pueden ustedes sentirse satisfechos.

Es por la trascendencia de este acto, que nos acompañan en el presidium miembros muy distinguidos de nuestra corporación. Ellos son una mezcla de viejas virtudes: integridad, dignidad y sabiduría. En el curso de sus vidas adquirieron conocimientos y habilidades admirables y no las guardaron para sí, ni permitieron que de ellas sólo obtuviera beneficio un grupo reducido. Nunca pensaron que la profesión de médico es como cualquier otra profesión, ni tuvieron una preocupación exagerada por la ganancia que antepone los beneficios personales al bien de los enfermos. Nunca actuaron como si tuvieran el monopolio de la sabiduría, y sí aportaron ideas nuevas que con su es-

fuerzo convirtieron en realidades. Siempre han permanecido fieles a los principios que habían aceptado como válidos. Por todo ello, los consideramos nuestros guías. Para ellos es el homenaje permanente de nuestra corporación.

¿Es acaso inmodesto decir que la Academia es una de nuestras mejores organizaciones profesionales? Después de cien años y más de participación en las vicisitudes del proceso histórico de México, mantiene su vigor y su eficacia. En tanto que algunas adustas instituciones pierden su relevancia, porque se adhieren demasiado tenazmente a las convicciones de ayer y permanecen fijadas a viejos moldes, nuestra corporación está abierta al cambio; alerta a los problemas de la medicina de nuestro tiempo y de nuestro suelo; escudriñando cada innovación, cada descubrimiento científico, cada novedad tecnológica, cada nuevo refinamiento en el diagnóstico, cada terapéutica nueva; valorándolo todo en función del interés de los enfermos, como ha de ser, cuando se está animado por la profunda corriente de humanismo que la medicina mexicana ha sabido recoger y conservar.

Quienes hace cien y más años se reunieron para constituir lo que hoy es la Academia, fueron hombres maduros que tenían considerable experiencia en la prác-

tica general y que hacían la mejor medicina de su tiempo; pensaron hacer de ella una tribuna para exponer sus puntos de vista personales sobre asuntos médicos y promover el estudio de los problemas; tal vez no anticiparon las transformaciones que con el tiempo había de experimentar nuestra corporación, pero sentaron sólidamente las bases para que ella pudiera crecer y enriquecerse en número, en actividades y en funciones y también en el peso de su juicio colectivo.

La medicina de hoy se construye todos los días, por avances que ocurren en áreas diversas de su propio campo y también en áreas contiguas y a veces relativamente distantes. Hoy en día, las disciplinas médicas se encuentran en proceso acelerado de expansión, con la consecuencia de que los datos se dispersan o se apilan y no es fácil encontrarles su lugar en el esquema general. Por ello, la colaboración entre las distintas ramas médicas y entre éstas y otras ramas del conocimiento y de la técnica, se ha vuelto indispensable. Los problemas de la salud son demasiado extensos y complejos. Ya no es la medicina algo aislado y fragmentario.

De aquí se deriva una función académica, que sin perjuicio de otras ha llegado a ser primordial; función que distingue a la Academia de otras sociedades médicas, la de fungir como una agencia integradora de los conocimientos médicos dispersos.

¿Es posible ejercer la crítica sin esta integración que deriva de visualizar al hombre en la totalidad de su ser y en la totalidad de sus relaciones con los demás? ¿Y no es acaso necesaria en la medicina la crítica, en una época en que el crecimiento de la técnica puede ser más rápido que el de la sabiduría para usarla?

Conocemos en detalle nuestro campo y en él nos manejamos con eficacia. Sabemos que ignorar las relaciones es ingenuo, que el significado de un dato aislado del resto, puede ser engañoso, pero aún así hay el peligro de que nuestra visión selectiva de especialistas sea como lo advirtió Ortega y Gasset semejante a la del hombre primitivo que no ve más allá del círculo luminoso de su hoguera.

Cuando el interés del clínico se restringe a un campo, puede hacer una medicina científica, pero si pierde la visión del conjunto, está en peligro de ser solamente un técnico. Del mismo modo cuando el clínico, en el cumplimiento de sus deberes profesionales, se ve absorbido por la rutina y cesa de indagar, se convierte en un práctico. En la medicina, el práctico y el técnico son estimables, pero poco tienen que ver con el espíritu académico, que es algo más que aplicar técnicas y conocimientos; que demanda poder hacer generalizaciones y la clase de imaginación que permite captar el carácter dinámico y complejo de la condición humana.

Señores académicos de nuevo ingreso, la venera y el diploma que dentro de algunos minutos habrán de recibir, no llevan ninguna intención de exaltar su posición profesional; son más bien una constancia de que están ustedes comprometidos en una tarea superior. Su ingreso a la Academia Nacional de Medicina no es una culminación, es sólo un principio. ¿Hemos de recordar a ustedes que nada hay más destructivo para el espíritu humano, que la complacencia, es decir, la creencia vanidosa de que se ha llegado a la meta?

Tenemos fe, en que su participación en la Academia habrá de contribuir a avivar en ustedes y en nosotros esas capaci-

dades que en circunstancias ordinarias pueden permanecer dormidas, pero que en circunstancias apropiadas se revelan en formas originales y permiten a los hombres alcanzar su verdadera estatura.

La tarea de cada generación es conservar algunos símbolos y también inventar otros nuevos. En esta conservación y en esta renovación consiste el progreso.

PALABRAS PRONUNCIADAS

POR EL DOCTOR JUAN RODRIGUEZ ARGÜELLES

EN REPRESENTACION DE LOS ACADEMICOS DE NUEVO INGRESO

Los que ahora ingresamos consideramos una distinción pertenecer a esta docta Corporación. Para todos nosotros, amantes de las actividades científicas y por eso mismo acostumbrados a tener el nombre de la Academia Nacional de Medicina en la más alta estima, a pronunciarlo casi con reverencia, esta ocasión reviste una significación muy especial; representa el logro de un propósito trascendente, el alcance de una meta que traduce el reconocimiento de capacidades profesionales de los más altos niveles.

Constituye para nosotros un honor encontrarnos asociados con científicos prominentes de nuestro tiempo, hombres que en sus diferentes especialidades han ofrecido contribuciones duraderas en beneficio de la medicina y del pueblo mexicano.

Contemplamos a esta Academia como el organismo rector que a lo largo de sus 108 años de fructífera existencia ha preservado las más nobles tradiciones médicas y, mediante cambios continuos, ha contribuido a la consolidación de una medicina nacional con vida propia.

Es con este espíritu que deseamos acepten su responsabilidad personal en el futuro de nuestra corporación.

Deseamos a ustedes, que la vida académica que hoy inician, sea una larga experiencia de crecimiento, que su horizonte personal y su visión de los problemas médicos se ensanche y se enriquezca para el bien de todos nosotros y de México.

Los adelantos alcanzados en la ciencia y en la tecnología en el mundo entero, el embrollo creciente en que vivimos, producto de nuestros conocimientos cada vez más avanzados, parecen estar en ocasiones más allá de una clara comprensión, pero tenemos la obligación de alcanzar ésta por todos los medios posibles. Las asociaciones medicocientíficas habrán de ser factores coadyuvantes de extraordinaria importancia en el logro de esta tarea.

En la actualidad la medicina se concibe no solamente en función de los avances científicos, sino de las necesidades o requerimientos sociales, económicos y culturales.

Las influencias ecológicas pasadas y presentes provocan reacciones en la ciencia que son aparentemente externas, pero que afectan su constitución interna y su actividad de una manera directa y profunda.

Los avances recientes en la organización de la actividad científica, han tenido un efecto directo sobre el carácter íntimo de la ciencia.

Ahora, los médicos y los investigadores realizan sus actividades tomando en cuenta los aspectos sociológicos generales, y no sólo las cuestiones académicas particulares. Se consideran ya en su debida magnitud las relaciones existentes entre los propios científicos y la sociedad en que vivimos. Este interés no se limita a los trabajadores de la ciencia, sino que se extiende a todo el pueblo en general.

Mientras mejor se comprenda que el bienestar real y el progreso futuro dependen del desarrollo y del uso apropiado de la ciencia, mayor será el conjunto de personas que la apoyen y la alienten; y, al mismo tiempo, aumentará el número de quienes advierten que la ciencia es útil y eficaz.

La medicina representa un bien común, crece y se agiganta cuando perfecciona su técnica y desarrolla su sabiduría, pero su verdadera grandeza radica en la medida en que extiende su aplicación social.

Frente a esta realidad, el médico aislado corre el riesgo de quedarse a la zaga del progreso científico ante la imposibilidad de asimilar toda la abrumadora información que continuamente se genera. Para evitarlo y encontrar su ubicación útil en la comunidad, no sólo es preciso que actualice sus conocimientos en el área circunscrita de su acción, sino que tenga acceso al panorama general de la medicina integral, imagen que le pueden ofrecer las academias donde se presentan, se comentan y se analizan las primicias de los avances más recientes.

Como instrumento racional de los cambios científicos, la Academia impide caer en extremos que trastornarían la armonía evolutiva. Compendia desde hace muchos años, las distintas corrientes del mundo contemporáneo, las equilibra y las

sintetiza, de acuerdo a la idiosincracia que nos caracteriza.

La complejidad del ejercicio médico actual exige del trabajo en equipo, pero es necesario insistir en que la organización de la ciencia, que la institucionalización de la medicina es compatible con la libertad de acción y de pensamiento que es la condición imprescindible para el avance científico. Los estudiosos son responsables también de los efectos sociales de su actividad.

Somos copartícipes de un gran desarrollo tecnológico con los conceptos y normas propias de una vida mejor. La ciencia y la tecnología se complementan y de su armonía resulta, en la medicina, un ejercicio de calidad superior.

No es permisible limitar la organización para dar paso al esfuerzo libre y espontáneo de cada persona dedicada individualmente al ejercicio de la medicina. La institucionalización es el medio natural y lógico para hacer avanzar la ciencia y para asegurar efectivamente su utilización con propósitos sociales.

Los profesionales de la medicina, en cierta manera, no son sino el producto y el fruto de su época. Están hechos y amoldados por los tiempos en que viven. De la misma manera que ellos influyen sobre sus contemporáneos, también reciben a su vez la influencia de los mismos. La familia que los rodea, su educación e instrucción, la opinión política y religiosa obran más y más sobre su naturaleza, dan dirección a su carácter y despiertan sus mejores facultades.

Por eso, los hombres, bajo la influencia de tales causas tienden a organizarse en grupos, en asociaciones, como esta agrupación de doctos y eruditos, la Academia Nacional de Medicina. Son estas institu-

ciones las que otorgan el honor a los que hasta ellas llegan.

Muchos acontecimientos importantes ha contemplado la vida de esta centenaria Corporación, y esto no sólo ha sucedido en el seno de ella misma sino en todo el ámbito científico que nos rodea. Todos los días algo viejo se derrumba y también cotidianamente algo nuevo y útil se construye. Lo que es vigente hoy puede ser obsoleto mañana. Estos cambios nos afectan como clínicos, investigadores o técnicos, y sin embargo, pensamos que a pesar de las dificultades y de los escollos, nuestras instituciones van alcanzando nuevos objetivos y construyen nuevas y más sólidas estructuras.

Los miembros de nuevo ingreso concebimos a esta Academia como un conjunto de hombres de ideas y de ideales, representativos de una medicina de calidad superior; sentimos el compromiso que representa nuestra incorporación al grupo y al estudio y análisis de la problemática médica nacional; ofrecemos nuestros mejores esfuerzos con sincero entusiasmo y sin más límites que las propias capacidades.

Estamos convencidos de que el trabajo en común en el ejercicio de la medicina nos lleva a la hermandad de espíritu, estimula la fe entre nosotros mismos y nos reafirma la dignidad de la misión a que nos hemos entregado como responsables de la salud de nuestros semejantes.

La medicina mexicana actual es el producto de una larga experiencia y sus instituciones son en general funcionales y

dinámicas. No obstante, es preciso unir esfuerzos para continuar efectuando los cambios que aconseje la razón y luchar por corregir errores, mejorar actitudes y consolidar realizaciones.

Tomemos conciencia de las transformaciones en las estructuras mentales y en la nueva dimensión de nuestras reacciones afectivas. Fomentemos la comunicación entre los investigadores y los clínicos, la unión entre lo técnico y lo científico y tratemos de conocer mejor nuestras capacidades.

En un mundo en que las presiones se multiplican debemos mantenernos unidos y buscar nuestra superación académica con fisonomía propia pero con la incorporación total de los aportes universales. Pretendamos ser académicos conscientes de nuestro deber y de nuestro momento como lo han sido los que forjaron esta noble Corporación.

Los que ahora ingresamos esperamos encontrarla pendiente de los problemas médicos de toda índole y presta a formular soluciones. Conscientes de que participamos de un gran legado de rectitud profesional, deseamos y esperamos que perduren los esfuerzos por una vida más productiva fortalecida siempre por los mejores hombres, de reconocidos méritos científicos y morales y con anhelos constantes de perfección y superación.

Sólo de esta manera, los que amamos las actividades científicas tendremos siempre el nombre de la Academia en la más alta estima, y lo seguiremos pronunciando con merecida reverencia.